

Référence bibliographique: Juan Antonio Mercadal [Francisco Mariano Nipho o Juan Enrique de Graef] (Éd.): "Número V", dans: *El Duende especulativo sobre la vida civil*, Vol.1\05 (1761-06-27), pp. 87-105, édité dans: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Éd.): Les "Spectators" dans le contexte international. Édition numérique, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.194

NUM. V.

Sabado 27. de Junio de 1761.

*Turpe, & difficile est habere nugas,
& stultus labor est ineptiarum.*

Mart. lib. II. epig. 86.

[Sábios, y Criticos del tiempo, y de la Moda.]

El hombre que se dexa avassallar de la presumpcion, y de su fantasia, es un ente despreciable en la sociedad humana. No hay compañía mas insoportable, ni molesta, que la compañía de un presumido de Sábio, cuya ciencia las mas veces consiste en noticias vagas, sin el menor caudal propio, que le favorece. Mucho sufre el mundo de sugetos, que con su lengua, su pluma, y sus proceder es empañan el lustre de la verdadera Sabiduría, manifestando en su conducta, que el Saber no es prenda preciosa, y apetecible, sino possession ridicula, y despreciable. El pensamiento de encontrar en el Saber extremos tan opuestos, como son ridiculèz, y estimacion, parece equivocado, y destituido de todo fundamento. Pero si queremos averiguar, en què consiste la verdadera essencia, y caractèr del Saber, y cuál es el hombre Sábio; forzoso será examinar ambos, baxo estos supuestos encontrados, para quedar convencidos, que el Saber ridiculo reside en los presumidos, y el de estimacion en los verdaderos Sábios. Y para que nadie dude de ello, veamos los titulos que los hombres presentan, y los servicios que alegan, para gozar preeminencias, y honores de Sábios.

Unos tienen credito de Sábios, porque anuncian, y revisten los conceptos mas triviales, y comunes, con terminos, y voces estrañas, no pocas veces equivocadas, y casi nunca naturales, ni propias, para significar la cosa de que se habla. Coordinan tan fantásticamente las palabras, que nadie comprende sus clausulas, pues ellos mismos titubean à veces, para dár razon de lo que quieren decir. Estos son Sábios, porque aquellos que les oyen hablar, sin entender lo que dicen, quieren que lo sean: ò leen sus obras, sin saber de lo que tratan. Acreedor al titulo de Sábio por voces, ò terminos gramaticales, es aquel, que explica las cosas utiles, que enseña, con frases claras, y palabras inteligibles, dando tanto à sí mismo, como à los que le oyen, una doctrina provechosa, y divertida, sin hacerse ridiculo por la afectacion del estudio.

Otros se apropian el titulo de Sábios, por haver leído, y archivado en su memoria una infinidad de Centones de la antigüedad. Entre estos hay unos, que saben la Genealogia de las voces, y parecen Vocabularios ambulativos. Su mania está, en no querer servirse de palabras, que no tengan ascendencia Griega, ò Vizcaína; y emplear voces cuya derivacion es Latina, ò Francesa, es hablar en estilo familiar, y demasiadamente llano. Otros hacen consistir su merito, en haver corregido un texto, que con su correccion se ha hecho incomprendible, y algunos en effèr día, y noche clavados sobre una inscripcion, ò medalla, que al parecer respetò el tiempo, para que sirviese de potro à su ingenio, y los hiciesse célebres por una ciencia, que pocos estudian. No faltan quienes pretenden ser Sábios, por la adersion, y ojeriza, que tienen Libros, y Autores Patricios, ò porque saben aquello, que desean olvidar muchos hombres, que lo estudiaron.

Este es en epilogo la Literatura en que forjan su pretension de Sábios, aquellos que no se contentan con ser llamados hombres estudiosos. Llenos de presuncion miran con ojos compassivos à los que estudian, ò producen Obras utiles, è importantes: Niegan su conversacion, y lado al Medico, ò al Naturalista, que abraza el estudio, para conservar la salud pública: Se rien quando ven que estos examinan el intrincado mysterioso laberinto del

cuerpo humano, y demuestran en un cadaver las causas morbosas: No les mueve la inspeccion de aquella breve mole, en que sobresale de un modo tan singular, y excelente, el poder, y la sabiduria incomprehensible del Divino Arquitecto: Desprecian al Mathematico, que trabaja en el progreso de las Artes, que sirven para la comodidad, y gustos de los hombres. Un Philosopho experimental, un Carthesiano, ò Gassendista, es para semejantes Sábios un sugeto ridiculo, y un Nevvtoniano, ò VVolfiano sospechoso en la Fè, ò enteramente Herege; y esto porque estos Sábios desean dár à la razon la fuerza que necessita, para sacudir el opressivo yugo de las passiones, y eximirse del magisterio, con que una inveterada preocupacion tyraniza los entendimientos. Cuentan por perdido el tiempo, que los verdaderos Literatos ocupan en instruir à los hombres en su deber para con la Divinidad; y de si obligacion, para con la sociedad humana. Son enemigos de que se averigüe la essencia, y el poder de la razon, y la extension del espiritu, y talentos de cada uno. Estiman mas, dice un Autor Holandès, saber què hechura tenian las Togas, y Capas de Griegos, y Romanos, y sus Castañuelas: el modo como mecian las Amas à los niños: si la Iliada de *Homero* es coleccion confusa de Romances sueltos, ò Poema perfecta, que la Moral para la conducta de su vida. Mas quieren ocuparse en una question philosophica abstracta, y morir sin verla decidida, ò escribir Romances, Entretenidos, Seguidillas, &c. que estudiar las causas de tantos maravillosos efectos, como nos pone à la vista el Cielo, la Tierra, y nuestra propia Existencia. Y es esta la Ciencia con que, cegando al ignorante vulgo, ganan estos Sábios su confianza, y aplauso?

Los Sábios de Lengua, hablando con precision, y delicadeza, (lo que en muchos es natural apreciable) encubren à veces, con la especiosa capa de facundia, la mas crassa ignorancia; pero pretenden tambien ser Sábios, por consentimiento del vulgo. Aunque estos jamàs desconfian de su merito, me imagino, que no hacen daño: pero no es assi de aquellos que preconizan el suyo en la Portada de un Libro, ò Papel, escrito à pesar de la razon, y del buen gusto; porque esos contravienen à la sentencia del Sábio, que aconseja, que nadie debe exceder, ni passar los limites de su capacidad, y talentos.

Quántos hay, que aspiran à colocar su Estatua en el Templo de la Fama, porque escriben volumenes grandes sobre assuntos pequeños? Estos se immortalizan como la Tarasca, que saliendo todos los años, es siempre la diversion de los muchachos, y tontos.

Por las muchas Obras que he leído, he venido en conocimiento, que la Ciencia de muchos Sábios se reduce à lecciones varias, y por lo regular, á una afectada veneracion, que muestran para las vejezes mas olvidadas. Muy dificil se cura un contagio contrahido en el manejo de Polyanthèas, è :Indices corpulentos, que llenan de contusiones à quien los rebuelve. Como los verdaderos Literatos jamàs siegan, ni recogen à tiempo el fruto de lo que siembran; éste, despues de maduro, se suele frequentemente adjudicar con el terreno que cultivaron, à quien no le pertenece. Los Semisabios, y presumidos de eruditos, que siempre viven en emboscada, y con assechanzas, privan à los verdaderos de los premios, y honores, que les competen. Una de las razones porque sucede esta desgracia en la Literatura, es, porque los Poderosos, y Magnates no les alientan con Obras propias, ò con proteccion declarada, ni anhelan al alhagueño titulo de Amantes, y Protectores de las Letras, y Literatos.

Por no arriesgar el concepto, que merece un verdadero Sábio, sería menester que tuviésemos un methodo invariable, para poder quilatear los talentos, y meritos de cada uno, y examinar los progressos, que ha hecho en los estudios à que se ha dedicado. A mì me parece, que debemos desconfiar del merito de aquellos, que, sin ser conocidos en el mundo, remontan de un buelo por su pluma sobre la esfera en que vivieron; porque la fortuna, aunque premiase justamente à algunos de esta manera, ha sido tan escasa en semejantes favores, que su exemplo no puede servir para inferir de èl universalidad, ò costumbre: además, que este Phenómeno, en lugar de ser propicio à nuestra idèa, la contrarresta acerrimamente. Convendria tener presente el estudio, y ciencia de aquellos Sábios, que jamàs desamparan las Antosalas, donde humillandose adoran la naciente prosperidad de un Page, ò Lacayo Favorecido, para que abriendo el Gavinete, les anuncie al Amo. Sería menester cerner las obras de los que vuelven à publicar lo mismo que otros dixeron, y escribieron en el propio idioma. Un Amigo me decia un dia en conversacion divertida, que quando leia en la Gaceta: *Libro nuevo: Curso Philosophico secundùm mentem, &c.* se imaginaba que leia: *Presuncion de Sábio nuevo, secundùm intelligentiam, para el Pueblo:* porque, añadió, sin temeridad puedo decir, que en la mayor parte de estas Obras no he hallado sino piezas de cartapacio, que no cuesta al Autor dinero para imprimirlas, y que siempre le dan ganancia, aunque no sea mas que para embolver especies.

Muchos se precian de Sábios, porque hablan quien les costèa impresiones de cosas, que no aprovechan positivamente à la Religion, al buen estado, à la enseñanza pública, ni à la diversion honesta; y la tarèa de semejantes Escritores, ni es digna de la luz pública, ni ellos del nombre de Literatos, que sin razon se atribuyen.

Por no detenernos en el examen de esta verdad tan clara, para ilustrarla con facundo, y conseqüente razonamiento, serà mejor exponerla en un rasgo historico, en que los presumidos de Sábios veràn como en un espejo su verdadero retrato.

Si despojamos à *Alexandro* de su ambicion, è impetuosos delirios, le hallarèmos adornado con prendas de entendido, de amante de las letras, y de los Literatos. Su Corte era asylo contra el hado, que siempre los persigue. Fue Principe tan liberal, que no admitir sus dones era injuriale; y con razon se puede decir de èl, lo que *Salustio* dixo de *Cesar*, que solo negaba, aquello, que no juzgaba digno de ser concedido. No es facil pintar su corazon magnanimo, quando debia negar algo su prodigal grandeza. Llegòsele un dia un Aventurero con un secreto de no menor maravilla, que mysterio, y hasta entonces ignorado. La propuesta de *Dinocrates* no era comparable, à lo que este ingenio ofrecia al grande *Alexandro*. Con exquisita, è indecible paciencia havia logrado este sugeto passar un grano de millo por el ojo de una ahuja; arte que executò tan diestramente, à presencia de toda la Corte Macedonica, que el Principe mismo quedò suspenso del caso. El Enebrador, viendo la admiracion de *Alexandro*, se lisongeò de una brillante fortuna: pero por un fatal revès, le mandò dâr el Monarca en premio de su habilidad graciosa una porcion de agujas, y de millo, para que se adiestrase mas, y mas en este ejercicio. Este, dice el Holandès, era el galardòn, que mereciò un descubrimiento raro, y curioso, pero nada util para el genero humano.

Sábios presumidos, diganme, no se debe este mismo premio à los que se emplean en sutilidades nada menos provechosas, que el invento de este célebre Maquinista? Pues aun no basta, pues yo advierto todavia alguna diferencia entre el Macedonio, y vosotros. Este para executar su habilidad, necessitaba mano segura, y ligera, y ojos linceos, lo que no tienen todos; en lugar que, para ser Autor basta parir un papel à la buena de Dios, un Romance, ò una Chocarrerìa insipida, y fria. Es verdad, que para un trabajo arido, y seco, como el que producen algunos, se debe buscar sugetos aproposito, y en quienes el ingenio estè divorciado con el juicio.

Pero à què premios, ò à què honores aspiran aquellos Sábios de Pronostico, que inundan todos los años el Reyno con sus Piscadores? Què grandeza se agregan los Señores, con que su nombre aparezca en la fachada de semejantes producciones, ò con declararse defensores, y broqueles de Obras de esta naturaleza? Pues si creemos à los Autores de los Almanagues, ellos lo apuestan al Areopagita, y se imaginan, que el Duque, ò el Conde les deba toda su Exceclencia. Vayan con estos aquellos que se ocupan en copiar Mercurios, Gacetas, ò Entremeses, y que, no contentandose con que su Mecenas les salude de passo, pretenden que les debe dâr su lado.

Bien quisiera yo preguntar à todos estos Sábios, en què parte de sus Obras, ò estudios està: el merito para el aplauso, que mendigan, pues yo casí en ninguna descubro apice de utilidad, ò entendimiento. No encuentro en ellas caudal para enriquecer mis potencias: idèas con que sublimar mis estudios: ni luces para conocer mas perfectamente à la Naturaleza. No hallo en ellas estímulo para hacerme mas virtuoso, ni moral viva, conceptuosa, è impressiva para corregir mi conducta. Ni un Rey puede aprender en ellas el arte de gobernar como justo, y prudente, ni el Pueblo la sumision, y obediencia, que debe à su Soberano. En ellas no aprende un Padre de familias reglas para reprimir las passiones nacientes de un hijo, en quien funde sus esperanzas; ni el hombre secretos para encontrar en sî propio medios para labrar, su fortuna, y gozar en este mundo la felicidad, y temporal bienaventuranza. Por vida vuestra, Señores Autores, pensadlo bien. La preciosa alhaja de la razon no es don para desperdiciar una vida tan breve, en comentar una Ley, en aclarar un texto de *Hippocrates*, ò *Galeno*, ni en ocupar el entendimiento en dâr la explicacion de una estampa, pintura, antigüedad problematica, ò privilegio imaginario.

Si nos queda todavia algun rescoldo de aquel fuego, que debe animar à los verdaderos Literatos, para que aprovechen sus estudios, conocèremos, que el hombre jamàs debe fatigarse en desembrollar enredos mysteriosos de Poetas, ni en enderezar las impropiedades, que hay en sus Obras. Què utilidad ha sacado la Literatura Española del difuso, y obscuro Comento de *Pellicèr* sobre *Gongora*? El amor propio, y particular deleyte, con que un Autor se complace en la composicion de semejantes escritos, los hacen objeto de la burla de los verdaderos Literatos. Sè que muchos diràn, que esto es Critica, y guerra declarada contra los Autores; pero les suplico vayan de espacio, y haganme justicia. Esto no es mas que explicar el disgusto de vèr el abuso, que se hace de la Literatura, y el deseo de que los Doctos se apliquen à estudios formales, y utiles.

Pero dònde tendràn depositado el juicio aquellos Criticos, que para censurar una Obra no dexan escapar, punto, ni coma, que no ensangrienten con reparos sin substancia? Què bienes saca el Público de que se rectifique un argumento, en que estaba dislocada la mayor, ò la menor, ò mal inferida la consecuencia, para conceder al Impugnador el honor, que pretende? Què cuenta puede dàr de su tiempo un Professor irritado, que se emplea en corregir yerros dialecticos? Estos Criticos no son como Diogenes, pues este à las doce del dia buscaba à un hombre, y con linterna, quando ellos en medio de la noche hallan, lo que quizà no buscaron. Quàntas veces procuran ofuscar el merito de un hombre, por un yerro de Imprenta, ò por un Hispanismo, que denuncian heregia? Si los tales se exerciessen sobre algun punto capital de la Historia, en que la Nacion interesse su gloria; si aclarassen algun hecho oscuro, alguna verdad disfrazada, el Pueblo les estaria quizàs obligado. Pero què obligacion se debe reconocer à semejantes inexorables Exploradores, que al punto, que sale un Libro, le imprimen el Sello de su adversion à las Letras, declarando la guerra al Plan, al Lenguage, y à la misma persona del Autor? Còmo es possible se entretengan en esto, hombres, cuyas luces servirian utilissimamente en la Republica de las Letras. Si ellos se imaginan, que sus Escritos criticos les hacen dignos del titulo de Sábios, es alucinarse, y engañar à los que compran sus Obras, quizà por el reclamo de los dictados, y campanillas del Autor, à quien se supone hombre de credito, porque està condecorado en el mundo, ò en los claustros.

Nosotros hacemos burla del Thalmud, y de las Dissertaciones, con que los Judios han desvariado tanto en la explicacion de varios passages del antiguo Testamento. Burlamos de los Comentos, con que los Arabes han glossado su Alcoràn; y no hemos de burlar tambien del grossero, y material contrabando de erudicion, que muchos desparraman en sus producciones? Bastante se experimenta el daño, que causa à las Letras aquel odioso modo de escribir, que con suma agudeza, ha calificado un Erudito Alemàn; y no es muy de alabar, que hay quien tome semejante camino, para corregir descuidos ajenos. No todas las criticas son de la aprobacion, que merecen aquellas, que estàn conformes à las reglas, que prescribieron el Señor Obispo de *Guadix*, el *P. Segura*, y otros buenos Autores.

Nada hallo mas indigno, ni mas cobarde, que herir en secreto, la reputacion de un hombre. Los Escritos verdaderamente satyricos personales, no solo hieren, sino que dexan incurables las heridas. Un genio cruèl, y barbaro no se halla mejor satisfecho, que, quando ocultandose, para que nadie descubra su pestilente aliento aflija, y excite la division entre las familias, ò expone à una familia entera à la risa del Pueblo. No se ignora, que muchas veces se arma la malicia con el Escudo de la Religion, para deslustrar el credito de un Escrito, y la virtud, merito, y alabanza de su Autor. Y verdaderamente, aquellas flechas, que se disparan como sin tiento, y en tinieblas, con pretexto de revindicar el honor de una Nacion ofendida en una Crisis, en que simplemente estàn interessadas las obras, ò vicios de algunos particulares, sin hacer lesion à las personas, son envenenadas con el tósigo de la personal conveniencia.

Una parte del mal que resulta de las animosidades, proviene de que no se entiende muchas veces la diferencia, que hay entre una Critica, y una Satyra, y entre un Critico, y un Satyrico. Una Satyra personal, aunque no quita vida, ni hacienda, es à veces peor, y de mas fatal consecuencia, para quien tenga honra, que la pèrdida de hacienda, y vida; respecto de que jamàs se debe medir el daño por la idèa, e interpretacion que le dà el Autor, sino por el modo que la concibe, quien la sufre.

Poco antes que *Socrates* tragasse la Cicuta, hizo à sus amigos un discurso sobre la inmortalidad del alma. Comenzòlo con decirles, que esperaba, que no podrìa censurar su conversacion el genio mas Cómico, aludiendo à *Aristophanes*, quien de proposito havia escrito una Comedia, para ridiculizar à *Socrates*, y la que este havia visto representar diversas veces, sin commoverse, ni inquietarse el animo.

Julio Cesar, despues de haver sido el blanco de las Satyras de *Catullo*, le convidò un dia, y le recibì con tanta generosidad, y agrado, que quedaron perfectos amigos. Lo mismo executò el Cardenal *Mazarino* con el ilustre *Quillet*, el qual habiendo censurado su gobierno en un precioso Poema Latino, el Cardenal, acariciando al Autor, le assegurò su estimacion, y confianza, y le confiriò el primer Beneficio bueno que vacaba.

Muy al contrario obraba *Sixto V.* Este Principe Eclesiastico no siguiò la sábia leccion de *Tiberio* de dissimular, y mas en materia de Satyra. Testigo aquel caso de la Camisa sucia, con que revistieron à Pasquin los Romanos: pues prometiendo *Sixto* una suma de dinero à quien descubriese el Autor de la Satyra; èste, confiado en la generosidad del Papa, y en las insinuaciones de sus Emissarios, se denunciò en persona; pero el Pontifice, despues de haverle dado la cantidad prometida al denunciador, ordenò se le cortassen la lengua, y las manos.

Hay sugetos verdaderamente atolondrados, y vivos, que por el solo merito, y adelantamiento, que logra una persona, sacrifican amistad, y credito à la loca ambicion de oprimirla, sin atender, ni reparar en que hay mayor merito en tener un corazon bueno, que un entendimiento de Moda. Mas debemos temer à un hombre indiscreto, que à un hombre vicioso: el ultimo pegarà con sus enemigos, y con quienes quiera mal; y el primero atacarà indiferentemente amigos, y enemigos.

No puedo menos que valerme aqui de la fabula, que escribiò *Rogero L' Estrate Inglés*. Una tropa de muchachos estaban en las orillas de un fosso acechando à las Ranas, que sacaban la cabeza del agua, no cessando de tirar piedras quando se mostraban, hasta que bolviessen à zambullirse en el centro del fosso. Una de las mas atrevidas de esta familia aquatica, sentida de la maniobra infantina, increpò à los niños sus acciones: *Muchachos, bien conocèmos que lo que haceis es simplemente juguete, y passatiempo; pero es bien que entendais, que con vuestros divertimientos poneis en peligro à nuestra vida.*

Mas porque alargarme en una materia, que nada hace al caso, en un País, donde nadie debe temer se desdore, y donde el que pretende brillar, con morder Escritos agenos, su credito causa lastima à todos: mejor sería animarlos, para que no fuesse tan corto el numero de los que quieran procurarse fama con Obras de su profession, nuevas, y utiles. Bien se sabe, que no es possible tener Obras buenas, sin que las afine la Critica. Descartando el merito de *Nicanòr*, que por el veneno que derramaba en sus Escritos, se deshonoró con el infame apodo de *Stigmatias*; no es bien que nos ocupèmos, como èl, en invectivas personales. Un Autor famoso dice, que la embidia que tenia el *Tasso* à los demàs Poetas, le irritaba, y enfurecia. Diòlo bien à entender, quando preguntado por *Paulo III*. quièn era el mayor Poeta de su tiempo, le respondiò, que no conocia competidor, ni segundo. El nombre del *Aretino* està en horror à todos los Sábios: y los Diaristas hacen memoria del encono, que todos los Escritores tenian à *Gronovio*, quien passò su vida en batallar contra el merito de los hombres mas ilustres de su siglo.

La mordacidad en la Critica sirve para desterrar la afabilidad, y cortesania del comercio humano: para inquietar los espíritus, y privarlos de la tranquilidad que necessitan, à fin de meditar las cosas que escriben: y para perturbar la union, y sembrar la cizaña entre doctos, è ignorantes, destruyendo assi el orden, y la economia del Estado, cuya basa es la concordia.

Y esto es el Sáber? Esta es la Ciencia, que hace à los hombres dichosos, y les dà el titulo de Sábios? Sì; esto es el Saber, pero de los presumidos, en quienes es ridiculo, y despreciable; y respecto à ellos, hemos de convenir con *Rousseau de Ginebra*, que la Ciencia ha alborotado el mundo, y pervertido à los hombres.

Pero bolviendo la medalla, y no aplicando tan generalmente, y sin excepcion, aquello que llevamos dicho, conocerèmos, que este no es el Saber de los verdaderos Sábios, en quienes verèmos, que el Saber causa efectos de dòn, y ramo de la Sabiduria infinita, que engrandece à quien sepa usar sobriamente de un bien derivado de principio tan noble, y tan divino. El Saber de los Doctos, es la prenda, el dòn, y regalo mas apreciable, con que Dios dotò al hombre; y los Sábios son respetables Consejeros, y Assessores de la Diosa, que preside à las Academias, y Palestras Literarias.

La diligencia, y exactitud del verdadero Sábio en sus estudios, es como la caudadosa actividad, y zelo de la vigilante Abeja. La distincion que este insecto hace de las flores, su modo de disponer la materia para su ingeniosa labor, y el conocimiento del buen, y mal alimento, sirve à los Sábios de instruccion para separar la verdad de la mentira, y la Historia de la Fabula. *Pierio* nos advierte, que la ciencia de saber distinguir el bien del mal, enseña los defectos, ò perfecciones de las cosas. La docilidad del Sábio, le somete à la razon sin que se valga de argumentos falaces, ò caprichosos para combatirla. Su doctrina es universal, y procurando à unos conveniencias domesticas, y à otras instrucciones morales, favorece à todos. Su humildad le hace convenir en los yerros, que comete, y agradece à los que modestamente se le adviertan.

El Critico juicioso, imparcial, y habil, es personage, que merece la estimacion de todos. Ilustrando un hecho obscuro, y desengañando al publico en aquellos puntos, en que tienen interès la Religion, y el Estado, emplea su pluma en empresas recomendables.

No ha tenido España falta de sugetos de esta classe, por mas que algunos Estrangeros hayan querido deslucirla en su Literatura. La Critica no tiene Palacio menos hermoso en esta Peninsula, que en otros Países; y el estudio de la Política, Geografía, Philosophia natural, Historia Ecclesiastica, menos apasionados.

Puede ser que no tarde la Nacion Española en sacar al Theatro del Orbe à un *Tournefort*, como la Francia: un *Limneo*, como la Suecia: un *Rhumphio*, como Holanda: un *Sloane*, como Inglaterra; y no menos gloriosos serian

para España otros Ingenios, que viven ocultos, sino huviesse motivos desgraciados, que hurtan sus nombres à la Fama.

Los Literatos, para que sean verdaderos, no deben dexarse impeler del interès, ni de la lisonja; solo les debe mover el honor, la gloria, y el bien de su Patria. Los que escriben con estas calidades, afianzan su credito, y el de la Nacion con tan hondas raices, que la mas escrupulosa residencia de sus Escritos quedará burlada, si pretende censurarlos. No obstante que esta verdad es clara, y confiante, sè, que hay Zoylos, que con arriesgada erudicion hacen esfuerzos, para rebaxar el valor, y merito de los hombres Literatos. Pero què importa, si las Obras mismas encierran la defensa de sus Autores; mayormente de aquellos, que satisfechos con su estado, y fortuna, poseen el verdadero patrimonio de los Sábios

*Virtutum incolumen odimus.
Sublatam ex oculis qærimus invidi.*

El Discurso siguiente se darà el Sabado 4. de Julio de 1761.

FIN.

EN MADRID: Con las Licencias necesarias, en la Imprenta de Manuel Martin, Calle de la Cruz.

Se hallará este, y todos los siguientes en las Librerias de Antonio Sancha, frente del Correo; en la de Bartholomè López, Plazuela de Santo Domingo; y en la de Bartholomè Ullva, frente del Salvador.